

Descubrimos a Enrique Gerardo Liñero cuando la buena suerte, personificada en Enrique Véliz, nos convirtió su novela *Los campesinos de la arena*, Ediciones Mar del Plata, 1994. Habían pasado dos años y nada, o muy poco, se había dicho de este novelista vigoroso.

Dijimos, entonces, que la novela del 38, y su vertiente central "del convención", pareció agotada en la medida en que otras corrientes literarias se programaron para "superarla". Pero el espacio y los personajes siguieron estando allí, como testimonios de una permanencia que, a veces, los cambios esconden. Sólo "esconden", porque no fueron (casi siempre no son) sino modificaciones de superficie. Por lo demás, el "agotamiento" de la corriente realista de, entre otros, Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán, Sepúlveda Leyton, Alberto Romero, apenas fue un expediente de oficina: alguien lo decretó a pesar de que muchos, más allá incluso de los aquí nombrados, seguían vivos y produciendo lo mejor de esos años.

Y agregáramos que esa novela, editada recién en 1994, ignoramos cuándo escrita, es una elocuente puntualización de ciertas verdades literarias. Y es, junto con una reivindicación del realismo, confirmación rotunda de la supervivencia de tipos humanos, espacios urbanos y destinos que a algunos pudieran parecerles sepultados por la complicidad de tiempo y "modernidades".

Insistamos, afianzámoslo, ante la novela de un escritor de oficio. Un narrador que puede dar el exacto tono local, la caracterización de sus personajes a través de su lenguaje y sus gestos de cada hora, sin incurrir en las exageraciones de quien quisiera convencernos de familiaridad con el tema.

Ahora estamos ante una nueva obra de Liñero. La titula *Un mundo llamado Recoleta*. Y aclara su carácter de género: "crónicas". Creo que el título elegido es el adecuado. Se trata, en verdad, de "un mundo". Es decir, de un sistema auto sustentado, con leyes propias, equilibrios y desequilibrios que se complementan para conformar un organismo vital. Y cuando decimos "desequilibrios", estamos aludiendo precisamente a aquellos componentes del "mundo Recoleta" que lo certifican como organismo humano y social; es decir, como cuerpo vivo y, por lo tanto, en evolución. No ha hecho Liñero una simple labor de memorialista que reviviera para nosotros un pasado muerto. Como riguroso naturalista, ha señalado los que serán, en su desarrollo inevitable, los factores del cambio, los garantes de una evolución que se puede lamentar pero que, sobre todo, es comprensible.

La identidad del mundo Recoleta es en sí misma, como toda identidad real, variada y contradictoria.

Diciere del "cronista" que es aquel que escribe "observando el orden del

tiempo". O algo así. Es decir, estaríamos ante la intención manifiesta de un escritor que nos quiere mostrar cómo ha transcurrido el tiempo en esa unidad concreta, específica, llamada mundo Recoleta. O, si se prefiere, cómo ha transcurrido el mundo Recoleta en el tiempo. Y para ello, se vale este cronista de sus propios recuerdos. No es, pues, que Liñero haya elegido Recoleta: ambos, Recoleta y Liñero se han elegido, para ser el uno memorando y el otro memorante.

Lo que Liñero debe demostrarnos es que el mundo que él reproduce, sobre el cual escribe un libro, este libro, es digno de memoria. De memoria convalidada. Nos convencerá de ello, a partir de su propio oficio, de la cualidad de sus recuerdos y la elección que haya hecho entre ellos. Y del tono, de la perspectiva desde la cual haya estudiado su material, para hacerlo símbolo estético, materia digna de andar por este mundo, un mundo más vasto que el suyo "Recoleta", encerrado en las páginas de un libro.

Tengo como la tarea esencial, deber supremo de hoy, la búsqueda y la defensa de la identidad, herida, y tal vez de muerte, por este colectivismo de mercado que impera sobre nosotros. La identidad —en palabras de Unamuno la búsqueda de la "misericordia", "los Cristos del alma" de Vallejo— no es un ser sino un saberse ser.

Es el reflejo ilustrado, y laboriosamente forjado, de nuestro ser en nuestra conciencia.

Lo contrario de ella, es lo que escribía en *Le Monde Diplomatique* de septiembre de 1997, Florence Beaugé: "El temor de este fin de siglo (es) la disolución en la uniformidad".

¿En qué basamento superior que el conocimiento de nuestra historia, se puede sustentar una identidad? En materia de identidades, así como ocurre en el mundo del arte, nos movemos en el terreno de lo particular. La identidad propia, esa "misericordia" de cada uno, es la manera en que ejercemos nuestra condición humana en nuestras circunstancias de tiempo y de espacio. Es decir, cómo soy humano en este aquí y en este ahora.

Esa "disolución en la uniformidad", que teme tanto para este fin de siglo la escritora francesa que citábamos, quiere y exige una complicidad: la de los "mundos Recoleta" silenciados para siempre, aplastados en el olvido. Así como un vicio procrea, recreado por el cine de Ingmar Bergman, dice que la virtud de una mujer es un veneno en el ojo del Diablo, cada libro que nos identifique es

un oráculo en el ojo de esta profunda "aldeas global" en la que todos nos disolvemos en la uniformidad.

La Recoleta de Liñero no es un espacio simple, reducible a una o dos fórmulas sociológicas o estadísticas. El mismo lo dice, al caracterizar a su población: "pícaros y virtuosos; viejos y jóvenes; católicos, ortodoxos, conservadores y comunistas; también inmigrantes: árabes, españoles, vascos [...] italianos, yugoslavos y judíos". Y todos, agrega, "convivieron en perfecta armonía".

Estamos ante un retrato que no se mantendrá inmodificado. Porque la dura historia dirá su dura palabra, y aparecerán incomprendidos, fanáticos que romperán "aquella atmósfera tolerante". Es que se trata de una crónica, y ésta debe ser veraz.

Estamos en un espacio habitado por personas fuertemente determinadas. La decir, gente muy vivida y a la que los años y los trabajos y las suertes diversas y variantes, no dejaron sin tacha. Aunque, en una buena parte de los casos aducidos, más que tacha hubiera impecabilidad en las bondades, en las solidaridades cotidianas que alimentan la esperanza en la especie humana.

Compensación hacia esta criatura frágil, débil y a veces inconstante; pero capaz, al mismo tiempo, de la mayor hazaña: la de mantenerse incommovible en su carácter, es lo que recorre el memorial de esta isla santiaguina que más de alguno pudiera haber deseado detener en el tiempo. Misión imposible, se dirá, pero al recorrer con Liñero las calles y las plazas, los ventanales viejos, los bares y fuentes de soda, los cines y las escuelas, los incontables recodos del viejo barrio, lo que nos parece que aún subsiste, más allá de las inevitables demoliciones y migraciones, es ese sistema de ruecos que allí se soñaron y que son como el humus, la tierra vegetal sin cuya presencia, así sea en la memoria, es imposible la persistencia del hombre y la continuidad imprescindible de su conciencia.

Se nos muestra cómo viven, qué piensan y creen, qué recuerdan y desean, cómo trabajan y se esparcen estos seres sencillos; casi "mínimos", para retomar la feliz expresión de González Vera. Y al hacer esto, presta el cronista el mayor de los servicios, porque mujeres y hombres como los que habitaron el mundo Recoleta de Liñero, existen todavía, conforman la inmensa mayoría de los que transitan sin historia visible, casi sin peso social, sin influencia aparente porque nadie les presta atención, nadie se inclina

hasta su anonimato para saber qué materiales lo constituyen, cómo influyen, con sus mediocías en apariencia desechables, en el imponente conjunto en el que todos nos confundimos y del que sobrevivían unos pocos que en sus manos sostienen un timón que les da la ilusión de orientar el destino.

Como en toda crónica, hay en ésta fragmentos que bien merecerían un tratamiento más vasto. De pronto, un episodio cualquiera, como la fuga desde su jaula del zoológico de un mono "de pelaje color miel y larga cola, procedente del África ecuatorial", desata un encuentro, diálogos entre gente hasta entonces desconocida, y van apareciendo las historias. Tiene algo que contar "el maestro que arreglaba lechos, cocinas, refrigeradores y cambiaba las suelas de las llaves a todo el vecindario". Y "un señor, que demostró ser un hombre cultísimo" cultivó al auditorio desplegando la teoría de la evolución; mientras otro, de origen italiano, contaba su participación en la batalla de Caporetto, durante la Primera Guerra, "y que guardaba varias decoraciones en su casa de calle Lceste".

El insomniable mundo Recoleta guardaba, aun para sus mismos habitantes, secretos que algún azar iba descubriendo, y que ensanchaban los horizontes del río que, entre maravillado e incrédulo, todo lo registra.

Y ahora tenemos ese mundo, compendiado ante nosotros. Aunque más bien debiéramos decir que somos nosotros, los de hoy, quienes comparecemos ante ese barrio que al pudiera hablar nos acusaría de tantas traiciones como hemos ido acumulando en nuestro diario ejercicio de indiferencia.

Tal vez, si no temiéramos la acusación de antropomorfismo, y otorgáramos al mundo Recoleta cualidades humanas, lo que oíríamos, más allá del reproche, sería un lamento por nosotros, a cuyo rescate viene este mundo aquí ofrecido por la mirada aguda y el ingenio sano de este docto vasco de nuestro vecindario, cuyos saberes, siendo muchos, ampliamente supera la infinita simpatía con que nos contempla desde su mirador del Teatro Princesa, entre las calles Santa Filomena y Eusebio Lillo, y que "la modernidad" vanamente disdaza a su mirada sin tiempo. ♦

Presentación realizada en la Sociedad de Escritores de Chile, Simposio 7, el 17 de diciembre 1998.

El mundo Recoleta de Liñero [artículo] Fernando Quilodrán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El mundo Recoleta de Liñero [artículo] Fernando Quilodrán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile